

flora de los Dolores y lo puso á la vista de los bárbaros; pero no bien lo hubo hecho, cuando rendidos todos con la vista de tan hermoso simulacro, arrojaron á tierra sus arcs y flechas, corriendo presurosos los dos capitanes á poner á los piés de la soberana Reina los avalorios que al cuello traian, como prendas de su mayor aprecio; manifestando con esta accion la paz que querian con los nuestros. Convocaron á todas las rancherías comarcanas, que en crecidos concursos de hombres, mujeres y niños venian á ver á la santísima Virgen, cargados de varias semillas, que dejaban á los piés de la santísima Señora, entendiendo que comia como los demás.

Iguales demostraciones hicieron las mujeres gentiles del puerto de San Diego después de pacificados aquellos habitantes, pues habiéndoles manifestado otra imágen de nuestra Señora la Virgen María con el niño Jesús en los brazos, luego que lo supieron en las rancherías inmediatas ocurrieron á verla, y como no pudiesen entrar por impedirselos la estacada, llamaban á los padres, y metian por entre los palos sus cargados pechos, expresando vivamente por señas que venian á dar de mamar á aquel tierno y hermoso niño que tenian los padres.

Con haber visto la imágen de nuestra Señora los gentiles de la mision de San Gabriel, se mudaron de tal suerte, que frecuentando las visitas á los religiosos, no sabian cómo manifestarles el contento de que hubiesen ido á vecindarse en sus tierras, y ellos procuraban corresponderles con caricias y regalos. Pasaron á registrar aquel grande llano y dieron principio á la mision en el lugar que juzgaron á propósito, con las mismas ceremonias que quedan referidas en las demás reducciones. Celebróse la primera misa bajo de una enramada, el dia de la Natividad de nuestra Señora, 8 de setiembre, y el dia siguiente dieron principio á fabricar una capilla que sirviese de interina iglesia, y asimismo una casa para los padres y otra para la tropa, todo de palizada y con cerco de estacas para la defensa en cualquier evento. La mayor parte de la maderá para las fábricas la cortaron y arrancaron los mismos gentiles, ayudando á construir las casitas, por cuya causa quedaron los padres con la espectacion del feliz éxito, y que desde luego no repugnarían abrazar el suave yugo de nuestra evangélica ley.

Cuando mas contentos estaban aquellos naturales, desgració esta buena disposicion uno de los soldados, agravando á uno de los primeros capitanes de las rancherías, y lo que peor es, á Dios nuestro Señor. Queriendo el capitan gentil tomar venganza del agravio que se habia hecho á él y á su mujer, juntó á todos los vecinos de las rancherías inmediatas, y convidando á los hombres capaces de tomar las armas, se presentó con ellos á los soldados, que distantes de la mision, guardaban y apacentaban la caballada, de los

cuales era uno el malhechor. En cuanto estos vieron venir tanta gente armada, se vistieron las cueras para el resguardo de las flechas, y se pusieron en arma, sin tener lugar de dar aviso á la guardia, que ignoraba el hecho del soldado. Lo mismo fué llegar los gentiles á tiro de escopeta, empezaron á arrojar flechas, encaminándose todos al soldado insolente. Este con la escopeta apuntó al que veia mas ósado, presumiéndose sería el capitan, y disparándole una bala, lo mató. Luego que los demás vieron el estrago y fuerza de las armas de los nuestros que jamás habian experimentado, y que las flechas no les hacian daño, huyeron presurosos, dejando al infeliz capitan, que después de haber sido el agraviado, quedó muerto; de cuyo hecho resultó que se amedrentasen los indios.

Llegó á pocos dias de haber sucedido esto el comandante con los padres y avió para la mision de San Buenaventura, y temiendo que los gentiles hiciesen algun atentado para vengar la muerte de su capitan, resolvió aumentar la guardia de la mision de San Gabriel hasta el número de diez y seis soldados. Por este motivo y la poca confianza que habia de los restantes, á vista de tan repetidas deserciones, hubo de suspenderse el establecimiento de la mision de San Buenaventura hasta ver el éxito de la de San Gabriel, donde quedaron los dos ministros de aquella con todos sus utensilios hasta nuevo aviso. El comandante subió con los demás soldados para Monterey, llevándose al que habia matado al gentil, para quitarlo de la vista de los otros, no obstante que el escándalo que habia cometido estaba oculto asi al comandante como á los padres.

Quedaron por esta razon cuatro misioneros en la doctrina de San Gabriel; pero habiendo enfermado los dos ministros de ella, en breve tiempo hubieron de retirarse á la antigua California, y los dos destinados para San Buenaventura quedaron administrándola y procuraron con toda la suavidad posible atraer á los gentiles, quienes poco á poco fueron olvidando el hecho del soldado y la muerte de su capitan, y empezaron á entregar algunos niños para ser bautizados, siendo de los primeros el hijo del miserable difunto, que con mucho gusto dió la viuda; y á su ejemplo fueron otros entregando los suyos, y se fué aumentando el número de cristianos, de suerte que pasados dos años de fundada la mision que estuve yo en ella, ya tenian bautizados setenta y tres, y cuando murió nuestro venerable padre se contaban mil y diez y nueve neófitos.

CAPITULO XXX.

ENVIA EL VENERABLE PADRE Á SU COMPAÑERO AL RECONOCIMIENTO DEL PUERTO DE NUESTRO PADRE SAN FRANCISCO.

Llegó el comandante don Pedro Fajes á Mon-

terey, y hallando mudada ya la mision de San Carlos al rio Carmelo, pasó allí á ver al venerable padre fray Junipero para comunicarle cuanto habia pasado. Causóle al siervo de Dios mucha pena que se frustrase el establecimiento de San Buenaventura, por ser esta mision de las tres proyectadas primeramente, y la que llamaba peculiar suya el ilustrísimo señor visitador general don José de Galvez; pero viendo que no habia sido por causa de los misioneros, dió á Dios las gracias, así por esto como porque se hubiese conseguido la fundacion de San Gabriel, confiando en su divina Majestad que cuando fuese de su mayor agrado se estableceria aquella con mejores proporciones y menos ansias. Así se lo concedió el Señor después de trece años de proyectada; y aunque fué la última que el venerable padre fundó, pudo decir de ella lo que la Iglesia santa de la canonizacion del mismo serafico doctor san Buenaventura: *tamen quo tardius eo solemnus*, como en la narracion de este establecimiento se verá.

Viendo el venerable fray Junipero desgraciada aquella fundacion, le propuso al comandante de San Luis; pero se excusó por la misma razon, diciéndole que si se disminuía la tropa y venia de San Gabriel noticia de alguna novedad en aquella mision por parte de los indios, se veria desde luego imposibilitado de pasar á socorrerla; que luego que se supiese que estaban en quietud, se daria mano en fundar la reduccion de San Luis.

Considerando aquel fervoroso prelado que entre tanto no se verificase novedad alguna por abajo, omitirian el despacho de correo, y que con esta espectacion se estarian todo el año sin adelantamiento alguno, propuso al comandante Fajes que ínterin se recibia noticia, se fuese al reconocimiento del puerto de nuestra padre San Francisco, para ver qué sitio se encontraba proporcionado para la mision, y á comunicar y congratular á los gentiles, para que hubiese esto adelantado cuando llegase la ocasion del establecimiento. Convino el comandante á esta expedicion, ofreciendo ir en persona con el padre Crespi luego que pasase la estacion de las aguas, si para este tiempo no habia novedad.

Viendo á mediados del mes de marzo que ya no llovía ni habia venido correo de San Luis y dando por supuesto que no habria por allá ningun acaecimiento, salieron de Monterey el dia 20 de dicho mes del año de 1772, de cuyo viaje y registro formó su diario el citado padre Crespi, que asentó á continuacion de los demás, al cual remito, al lector curioso. Impidióles concluir aquel registro á su satisfaccion la noticia que recibieron por un correo que llegó de San Diego, de que aquel puerto estaba á peligro de desampararse, por irseles acabando los viveres, y que para remediarlo habia bajado á la antigua California el padre Dumetz, pues aunque el paquebot

San Antonio habia traído aquel año igual carga de comestibles que en los antecedentes, pero tambien se habian aumentado los consumidores, así con los peones que quedaron del barco, como con los neófitos que se agregaban á la mision, por cuya causa iban dando fin insensiblemente los bastimentos que habia.

Luego que el comandante recibió esta noticia, estando en la expedicion del citado reconocimiento, retrocedió para Monterey, como se advierte en el expresado diario, y despachó la recua cargada de viveres para abastecer á San Diego y á San Gabriel, que por dicho correo se supo no habia habido novedad alguna con los indios de esta última mision, y sí que los dos ministros de ella se habian retirado enfermos para la antigua California, y quedaban supliendo los de San Buenaventura, como dejo dicho. En atencion á esto y á que quedaba solo en San Diego el padre fray Luis Jaime, envió con la recua al padre fray Juan Crespi, que acababa de llegar del reconocimiento del puerto de nuestro padre San Francisco.

Llegó á San Gabriel y San Diego este socorro, y poco después recibieron otro, que les remitió yo de la antigua California con un misionero, y al mismo tiempo llegó el padre Dumetz. Quedó con esto socorrida aquella necesidad, que dentro de poco tiempo se trasladó á Monterey, porque retardándose el barco que conducia las provisiones tres meses mas que los años antecedentes, hubieron de padecer aquellos vecinos los efectos de la escasez, haciéndoles desde luego notable falta los viveres que embarcaron al puerto de San Diego.

En esta atencion se vió precisado el comandante don Pedro Fajes á tomar la providencia de dejar en el presidio un corto número de soldados y pasar con los demás á la cañada que llamaron de los Osos, distante cincuenta leguas del presidio, para hacer matanza de estas fieras y comprar semillas silvestres á los indios con que pudiera mantenerse la gente. Duró esta necesidad hasta que con el arribo del barco quedó remediada, aunque á los padres no les alcanzaron tanto sus tristes efectos por haberlos socorrido los gentiles, como se verá en la siguiente carta del venerable padre Junipero.

CAPITULO XXXI.

CARTA DEL VENERABLE PADRE CON ALGUNAS NOTICIAS Y LLEGADA DE LOS BARCOS.

“Viva Jesús, María y José—Reverendo padre lector y presidente fray Francisco Palou—
“Carísimo amigo y mi señor: No me quiero querellar del limitado tiempo para escribir á vuestra revencia porque no parezca maña vieja; harto tengo con significar el recelo de lo que con trabajo escribo llegue á sus títu-

“ los. Lo que primero digo es que gracias á Dios tengo salud, y que no me ha tocado á mí ni á ninguno de los padres compañeros la hambre que por estas tierras á mortificado y mortifica á muchos pobres. Lo segundo que cuando esperábamos el barco, nos ha llegado la noticia de ser dos los que vienen á este puerto; pero con haber llegado ambos á la altura, y aun el uno á dos leguas de esta mision, ninguno á podido aportar acá; y escribe el capitán del Príncipe, que es nuestro don Juan Perez, que ya no podrá venir, que se halla en San Diego, y que vayan allá, si quieren lo que trae: el otro escribe, que es don Miguel Pino, con Cañizares, que se halla en la canal de Santa Bárbara y que se va á San Diego; con que allá tenemos todo y acá nada. El consuelo es que aquellas dos misiones de San Diego y San Gabriel ya quedan fuera de cuidado. Esta, la de San Antonio y el presidio, no están con peligro de abandonarse; pero están con el seguro de que les dure á la gente algunos dias la mortificación. Las mulas para subir por tierra son pocas y maltratadas.

“ Los principales mantenedores de la gente son los gentiles; por ellos se vive porque Dios quiere, sin embargo de que la leche de vacas y la verdura de la huerta han sido dos grandísimos sustentáculos de estos establecimientos; pero ambos renglones ya escasean; mas no por eso me pesa ni le pese á vuestra reverencia el que estén fundadas estas misiones, como que no le duele á ministro alguno de los que las pueblan. El desconuelo solo se ha hallado en las vacantes por dificultad de proseguir las fundaciones. Ya se les ha quitado á los padres de San Luis el continuo desconuelo de catorce meses de espera con la noticia de que con las abundantes provisiones que traen los barcos prontamente se pondrá su mision, y ver ya para ella todas las cosas aprontadas.

“ Si para la fundacion de estas se hubiera de esperar los tiempos en que se suben aquellas y los adelantamientos dependiesen de la vida del barco, muchos años se habian de pasar para que se fundase alguna, con la dificultad de venir de esas remotas tierras los socorros, atentas las dificultades que vuestra reverencia mejor que yo conoce y palpa. Todos los ministros gimen y gemimos las vejaciones, trabajos y atrasos que tenemos que aguantar; pero ninguno desea ni piensa dejar su mision. Ello es que trabajos ó no trabajos, hay varias almas en el cielo, de Monterey, de San Antonio y de San Diego, que de San Gabriel no lo sé hasta ahora. Hay competente número de cristianos que alaban á Dios, cuyo santo nombre es en la boca de los mismos gentiles mas frecuente que en la de los muchos cristianos. Y aunque presumen algunos que de mansos corderos que son todos se vuelvan algun dia tigres y

“ leones, bien puede ser si lo permite Dios; pero de los de Monterey vamos ya para tres años de experiencia y los de San Antonio para dos y cada dia son mejores.

“ Y sobre todo, la promesa hecha por Dios en estos últimos siglos á nuestro padre san Francisco (como dice la seráfica madre María de Jesús) de que los gentiles con solo ver á sus hijos se han de convertir á nuestra santa fe católica, ya me parece que la veo y palpo, porque si aquí no son ya todos cristianos, es á mi entender por solo la falta del idioma; trabajo que no me ha venido de nuevo, porque siempre imaginé que mis pecados tenian muy desmerecida esta gracia, y que en unas tierras como estas donde no se podía prometer intérprete ni maestro en lo humano hasta que alguno de acá aprendiese el castellano, era preciso se pasase algun tiempo.

“ Ya en San Diego venció el tiempo la dificultad, ya bautizan adultos, ya se celebran matrimonios; y aquí estamos ya en disposiciones bien próximas para lo mismo, porque ya se comienzan á explicar los muchachos en el castellano; y en lo demás, si se nos diera algun auxilio, en breve se nos daría poco que viniese ó no el barco para asunto de viveres; pero estando las cosas así, poca cabeza podrán levantar las misiones: con todo, yo confío en Dios que todo se ha de remediar.

“ Pues vamos ahora al asunto principal: yo voy á San Diego con el comandante don Pedro Fajes, y vuestra reverencia algun dia ha de reconocer el tramo intermedio entre San Fernando Vellicatá y dicho puerto, para distribuir en él sus cinco misiones, y si pudiese ser ahora, podríamos darnos un abrazo por mediados ó fines de setiembre, y supliría nuestra comunicacion la falta de muchas cartas, y discurriríamos como se pueda adelantar mejor esta gran obra, que sin merecerlo ha puesto Dios nuestro Señor en nuestras manos. El gran consuelo de que me serviría dicha concurrencia lo dejo á la consideracion de vuestra reverencia; pero no lo haga vuestra reverencia por mí sino solo si lo considera conducente al bien de las almas. Procuraremos retirarnos cada uno á su destino antes de las aguas, y me parece haber tiempo competente para todo. Pero sobre todo, pido con eficacia que ó con vuestra reverencia ó por sí solos, vengán en dicho tiempo dos religiosos para la fundacion de San Buenaventura ó para ministros de San Gabriel, en lugar de los que se fueron enfermos á esas misiones. Viniendo estos, que es puntualmente el número de los que han ido de acá enfermos, ya sabré que no tengo de pedir mas sino del colegio. Los que hubieren de venir, que vengán bien prevenidos de paciencia y caridad y lo pasarán alegremente, y se podrán hacer ricos, digo en trabajos; pero

CAPITULO XXXII.

BAJA EL VENERABLE PADRE Á SAN DIEGO Y DE PASO FUNDA LA MISION DE SAN LUIS.

Viendo el venerable padre por las cartas de los capitanes de los barcos, que no podian subir á Monterey, y la falta de mulas que imposibilitaba conducir las cargas por tierra, tomó el trabajo de bajar á San Diego, para estrechase allí con los señores marítimos, y de paso dar principio á la mision de San Luis obispo de Tolosa, y á la vuelta fundar la de San Buenaventura. Salió de Monterey con el comandante don Pedro Fajes, que iba al mismo fin, luego que se despachó el correo, y de camino visitó la mision de San Antonio. Alegróse mucho de ver ya en ella tan crecido número de cristianos, y se llevó al padre fray José Cavaller para el establecimiento de la mision de San Luis. Caminaron otras veinte leguas, y llegaron á la vista de la Cañada de los Osos, donde dije hicieron matanza de estos animales para matar la hambre que padecian las gentes, hallando desde luego en ella proporcionado sitio con buenas tierras de pan llevar y un cristalino arroyo que las fecundaba.

Formaron luego una grande cruz, que después de enarbolada la adoraron, y se tomó posesion del terreno. Dióse principio al establecimiento el dia 1º de setiembre de 72, diciendo misa bajo de una enramada nuestro venerable fray Junipero, quien saliendo de aquella mision el dia siguiente, segundo de setiembre, prosiguió su viaje para San Diego. Dejó en ella á dos indios californios para que ayudasen, y el señor comandante un cabo con cuatro soldados para escolta, prometiendo al padre que á la vuelta se la completaria hasta el número de diez hombres, porque necesitaba gente para la conduccion del ganado y recua de viveres; por cuya carestía le dejó solo para la manencion del padre, los cinco soldados y los citados dos indios, dos arrobas de harina y tres almudes de trigo; y para que comprasen semillas de los indios gentiles le dejó un cajon de azúcar rojo, quedando muy contento el padre con tan limitado bastimento, poniendo toda su confianza en Dios, y con esto se despidieron.

Luego que empezaron su dilatado viaje los caminantes, dió providencia el padre misionero de San Luis para que los dos indios hiciesen el corte de la maderá para la construccion de una pequeña capilla que sirviese de interina iglesia, y la respectiva vivienda para los padres. Lo mismo hicieron los soldados formando su cuartel y estacada para la defensa. Aunque por aquel paraje no habia ranchería alguna de gentiles, en breve tiempo ocurrieron á la novedad; y como quiera que ya habia comunicado cerca de tres meses á los soldados que estuvieran en la matanza de los osos, de que daban agradecidos las gracias por haberles quitado de su tierra tan fieros animales,

“ ¿dónde irá el buey que no ara? y si no ara, ¿cómo podrá haber cosecha?

“ Para mientras ande fuera queda administrando esta mision el padre Pieras con uno de los padres de San Luis; que el otro se va para San Antonio, donde queda solo el padre fray Buenaventura Sitjar, para irse aproximando y dar principio á su mision. La de San Antonio, que el dia de san Buenaventura cumplió el año de fundada, ha sido en esta necesidad que ha habido el recurso todo para semillas gentílicas y sus pinoles. Al buen padre Pieras le debe esta mision la caridad de mas de cuatro cargas de tales géneros, pues en esta última venida me trajo tres. Del padre fray Juan nada digo, porque ya por sus cartas sabrá todos sus viajes. En fin, no digo mas; si nos viéremos podremos hablar (con el favor de Dios) de todo; y si no, espero escribir mas largo y tendido.

“ Si vuestra reverencia tuviere ocasion de escribir á nuestro colegio, comunique siempre las noticias ciertas que de por acá tenga, porque si no llegaren mis cartas, tengan siquiera por ese medio alguna razon de estas tierras y misiones. Me encomiendo con finísima voluntad á cada uno de los padres de esas misiones, viejos y nuevos, y que me tengan presente en sus oraciones, y los amigos y conocidos me tengan por excusado escribirles en particular, por lo dicho al principio, razon porque esta ha ido *pro majori parte* de noche. Si los padres Lazuen y Murguía fuesen de los que vengán por estos desiertos, lo dicho dicho de paciencia y ánimo, etc. Deseo á vuestra reverencia las mismas partidas, que segun estoy algo entendido, no son por esas tierras menos necesarias. Concedánoslas á todos Dios, y guarde á vuestra reverencia muchos años en su santo amor y gracia. Mision de San Carlos de Monterey en el Carmelo, y agosto 18 de 1772.—B. L. M. de vuestra reverencia afecto amigo, compañero y siervo.—*Fray Junipero Serra.*”

Al mismo tiempo que el venerable padre me escribia esta carta, recibí yo las del excelentísimo señor virey y reverendo padre guardian del colegio, en que me daban noticia del concordato hecho con los reverendos padres dominicos para la entrega de la California antigua, y caminaban ya para Monterey los dos religiosos que me pedia para la mision de San Buenaventura, con quienes le tenia escrita aquella novedad, pidiéndole me diese noticia del número de religiosos que necesitaba, para que no se regresasen al colegio. Pero cuando llegó á San Diego la carta, ya el venerable siervo de Dios se habia embarcado para San Blas con el fin de pasar á Méjico á informar al excelentísimo señor virey, como diré adelante.



que habian matado á muchos indios, no siendo pocos los que, aunque vivos, quedaban señalados de tan terribles uñas, hubieron de manifestarse muy contentos con que los nuestros se domiciliasen en aquel terreno. Visitaban con frecuencia la mision, llevando al padre algunos regalitos de carne de venado y semillas silvestres, que les correspondian con avalorios y azúcar. Por medio de este socorro de los gentiles pudieron mantenerse en el sitio los cristianos entre tanto llegaban los barcos que conducian bastimentos.

Al año de fundada que estuve en ella, tenian ya doce cristiano, y con cuatro familias de los indios californios y algunos solteros neófitos que allí dejé, se aumentó la mision, así en lo material como en lo espiritual, y se fueron convirtiendo los gentiles de modo, que cuando murió el venerable padre presidente, tenia ya bautizados seiscientos diez y seis. Esta mision de San Luis obispo de Tolosa, está situada sobre una loma, por cuya falda corre un arroyo con bastante agua para el gasto y para el riego de la tierra que tiene á la vista, y les produce abundantes cosechas no solo para mantener todos los cristianos, sino tambien para proeveer los presidios, con lo cual consiguen ropas para vestir á los indios. Es tanta la fertilidad del terreno, que de cuantas semillas se siembran se cogen abundantes cosechas. Se halla situada en la altura del Norte de 35 grados y 38 minutos, distante como tres leguas del mar, que es la ensenada nombrada el Buchon, hácia el Poniente, de buen camino, y en aquella playa tienen los indios neófitos sus canoitas para la pesca de varias clases de pescado muy sabroso. Se halla la mision distante del presidio de Monterey cinco leguas al rumbo Noroeste y veinticinco al de San Antonio, pobladas de gentilidad, cuya reduccion, por la crecida distancia de las citadas misiones, no será fácil conseguir interin no se pongan otras en los intermedios; respecto á que aquellos habitantes no se avienen á salir de sus suelos patricios, y á la variedad de su idioma, pues á cada paso se encuentra distinto, de modo que hasta la presente no hay dos misiones de igual lengua. Es la de San Luis de un temperamento muy saludable, haciendo en el invierno frio y calor en el verano, aunque sin exceso. El pueblo por temporadas es algo molestado de los vientos por la altura en que se halla. Ha sido esta mision inacomodada por el fuego, pues en tres distintas ocasiones se ha incendiado. La primera vez le puso fuego un gentil con una mecha encendida que amarró á una flecha, y disparó al techumbre, que siendo pajizo prendió mucha parte, por cuya causa padeció considerable atraso la mision en la casa y utensilios. La segunda fué un día de Natividad que á tiempo que los padres estaban en la iglesia cantando la misa del Gallo, se prendió fuego sin saber cómo, el cual se apagó luego por haber acudido prontamente la gente que asistia á la misa, y la última, habiendo

sido mas voraz la quemazon, causó mayores estragos, sin poderse averiguar si fué por casualidad ó por malicia. Para evitar semejantes peligros y atrasos, idearon los padres techarla con teja, á que se ingenió uno de ellos, porque no habia quien la supiese hacer; con lo cual se ve libre del fuego, quedándose las viviendas bien techadas; y a imitacion de esta han hecho lo mismo en las demás misiones.

CAPITULO XXXIII.

SIGUE EL VENERABLE PADRE SU CAMINO, VISITA DE PASO LA MISION DE SAN GABRIEL, Y LO QUE PRACTICÓ EN LA DE SAN DIEGO.

Tan incesante era el anhelo de nuestro venerable padre Junipero para la consecucion de establecer nuevas misiones, que no saciándose jamás hubo de morir con esta sed; si no es que diga que viendo la imposibilidad de fundar (por falta de ministros) las que ya habia conseguido se erigiesen; este cuidado le abrevió el paso para salir de esta vida y pasar á la eterna á pedir á Dios en la corte celestial operarios evangélicos para las nuevas reducciones. Veia ya fundada la de San Luis, que era la quinta en esta nueva California, y faltaban tres de las proyectadas, y entre ellas la que le llevaba la primera atencion, que era la del seráfico doctor San Buenaventura, así por lo que se expresó en el capítulo XXV, como porque concebía de la innumerable gentilidad que puebla la canal, que se habia de conseguir mucho fruto con esta mision por ser el sitio destinado para ella el que se nombró la *Asuncion de nuestra Señora*, en donde habia un gran pueblo de gentiles, aunque no habia estado en él nuestro apostólico fray Junipero.

Con esta ansia salió de la mision de San Luis y apresurando las jornadas por lo que importaba su pronto arribo á San Diego, anduvo las ochenta leguas que hay de distancia hasta San Gabriel, todas pobladas de gentilidad, y en las veinte de la costa que forma el canal de Santa Bárbara le pareció todavía mayor la abundancia de pueblos de gentiles que lo que le habian dicho; y robándole cada uno el corazon con los deseos mas eficaces de establecer en aquel tramo tres misiones, llegó al término de la canal bajando de Monterey, ó principio de ella para la subida á aquel puerto, que es el sitio y pueblo de la Asuncion; y supuesto que era el mismo lugar premeditado para la mision de San Buenaventura, no quiso pasar adelante el venerable padre sin registrarlo, como lo hizo acompañado del comandante, pareciéndole á ambos ser terreno muy proporcionado para una buena mision, por tener todas las circunstancias que en las leyes de Indias se previenen; y concluido el reconocimiento siguieron su viaje.

Llegaron á la mision de San Gabriel (que era

la única que no habia visto el venerable siervo de Dios) y le causó extraordinaria alegría ver ya allí tantos cristianos que alababan á Dios. Procuró acariciarlos y regalarlos á todos y juntamente á sus padres gentiles, causándole especial complacencia ver aquella espaciosa llanada, capaz para fundar en ella una ciudad. Dió á los padres los parabienes y gracias por lo mucho que habian trabajado en lo espiritual y temporal, y sin admitir descanso alguno salió á continuar su viaje con uno de los de aquella mision para que recibiese los avios pertenecientes así á ella como á la de San Buenaventura, y llegaron sin especial novedad al puerto de San Diego el día 16 de setiembre.

Luego que se halló allí, sin tratar de tomar ningun descanso de un viaje tan dilatado (y para el venerable siervo de Dios tan penoso por el habitual accidente que padecia en el pié y pierna), se fué á estrechar con el capitán y comandante de los barcos, don Juan Perez, su paisano, haciéndole presente la imposibilidad de transitar las cien y setenta leguas que hay de camino por tierra hasta Monterey, pobladas todas de gentiles, por carecerse de mulas para ello y de tropa para resguardo de la recua; manifestándole al propio tiempo las necesidades que se habian padecido por la dilacion de los barcos, siendo causa de que muchos soldados desertasen de la tropa y se introdujesen con los gentiles igualándose en sus depravadas costumbres, y que si los demás no habian hecho lo mismo, era por la espectacion que tenían de la pronta venida del barco; pero si ahora habiendo llegado dos se quedaban con la misma necesidad, se marcharian ocasionando la pérdida de las tres misiones del Norte que quedaban fundadas.

Excusábase el comandante de subir á Monterey por estar el tiempo tan avanzado y que el invierno le habia de coger precisamente en aquel puerto, no pudiendo aguantar el paquebot los temporales de aquella altura. Pero el venerable padre Junipero lo animó, diciéndole que confiase en Dios nuestro Señor, por quien se hacia este servicio, pues se dirigia á la conversion de las almas, y que el Señor no habia de permitir contratiempo cuando se hiciese á su divina Majestad este servicio. Con estas razones eficaces unidas al gran concepto que tenia hecho de la virtud del venerable padre Junipero y confiando en sus oraciones, se resolvió el comandante Perez á subir con su paquebot y carga á Monterey, dando mano luego á disponerse para la subida.

Evacuado este principal asunto de su bajada á San Diego, tiró á concluir los demás. Véase el fervoroso prelado con cuatro misioneros en San Diego, con el que habia subido en compañía del padre Dumetz de la antigua California y con carta mia en que le daba noticia de la subida de otros dos que le despaché desde Loreto, y en vista de esto envió para Monterey con la recua de los vi-

veres que remitía el comandante Fajes, á los padres Crespi y Dumetz, con el ánimo de dejar en San Diego con el padre fray Luis Jayme al padre fray Tomás de la Peña (de la provincia de Cantabria), que acababa de subir de la antigua California, y con los otros que esperaba pasar á la fundacion de San Buenaventura. Luego que se vieron desocupados, así de la salida del paquebot el Príncipe para Monterey, como de la de la recua de víveres que caminaba por tierra, trató nuestro venerable fray Junipero de la nueva fundacion, esperando por instantes los dos padres arriba dichos.

Consultó el punto con el comandante Fajes para el efecto de la escolta y demás auxilios necesarios para la fundacion; pero halló cerrada la puerta y que iba dando tales disposiciones, que si llegasen á ponerse en planta, lejos de poder fundar, amenazaban el riesgo de que se perdiese lo que tanto trabajo habia costado para lograrse. Para atajar estos acacimientos, de que podian resultar notables quebrantos, hizo el venerable padre cuantas diligencias le dictó su mucha prudencia y notorio alcance; pero nada bastó para lograr su intento. Este motivo le dió á conocer que semejante novedad procedia de mutacion en el superior gobierno, por la falta de los señores virey y visitador general, que habian pasado á España, á cargo de los cuales, como principales motores de esta espiritual conquista, corria su proteccion, y que por no estar el nuevo señor virey enterado de los nuevos establecimientos, tomaba esta obra tan contrario semblante. Tratólo todo con los tres misioneros que se hallaban en San Diego, los dos de aquella reduccion y el otro de la de San Gabriel, y fueron de parecer que convenia fuese en el barco que estaba próximo á salir para San Blas el venerable padre presidente ó el misionero que gustase enviar para ir á Méjico á á informar á su excelencia.

Desde luego le pareció al venerable padre muy conveniente este informe; pero para deliberar con mayor acierto, dispuso que el día siguiente, 13 de octubre, dedicado á San Daniel y sus compañeros, se les cantase una misa solemne para que pidiesen á Dios luz para determinar lo que fuese de su mayor agrado, y que entre tanto cada uno de los religiosos por su parte lo encomendase á nuestro Señor. Hicieronlo así, y después de cantada la misa, se juntaron los cuatro misioneros y fueron de parecer que fuese uno de ellos, y que seria mas conveniente fuera el venerable padre, que como presidente estaba impuesto de todo; pero que si por sus accidentes y avanzada edad no pudiese, nombrara al religioso que gustase.

En vista del dictámen de los tres padres compañeros, se avino nuestro venerable fray Junipero á hacer el viaje de doscientas leguas por tierra, después de la navegacion, olvidando sus accidentes y avanzada edad de sesenta años. Poniendo toda su confianza en Dios, por quien se

sacrificaba, se embarcó en el expresado paquebot San Carlos, que salió de San Diego el 20 de octubre, y después de quince días de navegación dió fondo el 4 de noviembre en San Blas, sin haber experimentado novedad alguna en el viaje. Desembarcó en aquel puerto el venerable padre, y se halló con las novedades que demostrará el capítulo siguiente en la copia de la carta que insertaré, las cuales habria sabido en San Diego si se hubiera dilatado en salir algun corto tiempo, pues se las escribí por setiembre en carta que llevaron los padres que le enviaba para la mision de San Buenaventura, que llegaron á San Diego á pocos dias de haber salido de allí el barco.

CAPITULO XXXIV.

VIAJE DEL PADRE DE SAN BLAS Á MÉJICO, COPIA DE LA CARTA QUE ME ESCRIBIÓ DESDE TEPIC, Y SUCESOS DEL CAMINO.

Luego que el venerable padre Junípero se vió en tierra de cristianos, dejando su corazón en la de los gentiles de Monterey, se puso en camino de San Blas para Tepic, con el compañero que llevaba, que era un muchacho neófito de los primeros que bautizó en Monterey, el cual le sirvió de mucho, porque se llevó el indio las atenciones de todos, así por el camino como en Méjico y aun del mismo señor virey, que lo miraba como primicia de esta espiritual conquista. Llegó á Tepic, y habiendo parado en el hospicio de la Santa Cruz de la provincia de Jalisco, me escribió la siguiente carta:

“Viva Jesús, María y José.—Carísimo amigo y mi señor: si vuestra reverencia ha recibido la carta que encargué á los padres de San Diego escribiesen á vuestra reverencia por serme imposible el escribir, ya sabrá de mi embarque, el que por la misericordia de Dios fué feliz, pues á los quince días de hecho á la vela, dimos fondo en San Blas, y desembarcamos el día 4 del corriente. Entonces fué cuando tuve la noticia de haber admitido la total renuncia de sus misiones. Llegado el día 7 á este hospicio de Tepic, donde hallé á los padres Martínez é Imaz, pues los demás ya habían salido para Méjico, supe que vuestra reverencia me habia despachado correo para San Diego, el que llegaria poco después de mi salida. Dícame el padre Martínez que el reverendo padre guardian, de veintitantos ministros que todavía quedan en estas misiones antiguas, ha destinado cuatro para las nuevas, y que vuestra reverencia queria saber de mí si necesitaba mas.

“A lo que respondo: que me parece gran lástima que se hayan de ir religiosos que están ahora un paso para volver de tan lejos, multiplicando gastos y trabajo. El padre Cruzado me tiene pedida licencia y le es muy debida

“por lo que ha trabajado y no puede mas. El padre Paterna, á puros ruegos míos puede que continúe, si esto toma mejor aspecto; pero la tiene tambien pedida. Yo tengo pedido tercero ministro para Monterey, para poder yo andar, porque son allá indispensables dos misas todos los dias festivos, una para la mision y otra para el presidio. Creeré se alegrarán en el colegio se funden las de San Buenaventura, Santa Clara y la de nuestro padre San Francisco, que con las providencias que espero lograr no ha de ser difícil. Por otra parte, que en unas misiones de tanta distancia hubiese uno ú otro supernumerario, me parece fuera muy conveniente.

“De todo lo cual, en resumidas cuentas, mi parecer sería que de ocho á diez se subiesen arriba hasta mi vuelta ó primera venida del barco, que supuesto que la tornavuelta es fácil como dé viento en popa, no se perderia mucho. Pero dirán que la comida de tantos puede dificultar mi propuesta; á lo que digo: que ahora hay que comer, y que repartidos no les ha de faltar; y espero en Dios que en mucho menos de un año, que creo pueda tardar el sucesivo socorro, no han de perecer.

“Tambien me dice el padre Martínez que vuestra reverencia es uno de los que tienen facultad de ir por el padre guardian, aunque lo dejan á su eleccion. Si vuestra reverencia determina que allá vivamos y muramos, me será de mucho consuelo; pero solo digo que vuestra reverencia obre segun Dios le inspire, que yo me conformo con la divina voluntad. Tambien digo: que mi propuesta del sobredicho número de ministros, es mi ánimo que tenga efecto, si el tenor de la carta del reverendo padre guardian está en términos de alguna interpretacion con que tenga lugar; pero que si redondamente manda que vayan allá cuatro, y que los demás se vuelvan al colegio, ya no digo nada, sino que Dios lo remedie; y en el ínterin hagamos la obediencia.

“Si hubiese tiempo de escribir lo dicho al padre guardian, tener respuesta y poderla poner en manos de vuestra reverencia antes de la salida de los religiosos, fácilmente se componia todo; pero no considero el caso dable. Yo salgo mañana con el favor de Dios, en seguimiento de mi camino. Me encomiendo á todos mis carísimos hermanos conocidos y no conocidos; y quedo rogando á Dios guarde á vuestra reverencia muchos años en su santo amor y gracia. Hospicio de la Santa Cruz de Tepic, y noviembre 10 de 1772.—B. L. M. de vuestra reverencia afectísimo hermano, amigo y siervo —Fray Junípero Serra.— Reverendo padre lector y presidente fray Francisco Palou.”

Parece que Dios nuestro Señor como dueño de esta su mística hacienda, atendia á los fervorosos anhelos de su diligente mayordomo, que con

tanta solicitud buscaba operarios para la espiritual labor; pues al mismo tiempo que recibí la copiada carta, llegó á mis manos otra del reverendo padre guardian, con fecha de 11 de noviembre, un dia después de la que tenia la del venerable padre Junípero, en contestacion á la que por setiembre le habia escrito yo, proponiéndole lo mismo *in terminis* que por noviembre me dice el venerable padre, y solo le añadia que esperaba cuanto antes su respuesta; y en caso de que se verificase la entrega de las misiones, así lo practicaria, pues no dudaba lo diese su reverencia por bien hecho; á lo que me respondió con la citada fecha las siguientes palabras: “Aprecio lo dispuesto de la ida de los padres á Monterey; solo temo si querrán dar sínodo para el del presidio.” Y en vista de esta respuesta subí con otros siete, á mas de los que habia enviado; con lo que vió nuestro venerable padre cumplidos sus deseos de no detener fundacion alguna por falta de ministros.

Seguió el siervo de Dios su viaje para Méjico con el indio neófito de Monterey que llevaba de compañero, y al llegar á la ciudad de Guadalajara, ochenta leguas distante de San Blas y ciento y veinte de Méjico, enfermaron ambos de un fuerte tabardillo ó maligna fiebre, que obligándolos á recibir el sagrado Viático, los puso á peligro de muerte. No sentia tanto el venerable padre la suya como la del indio, por las resultas que podria haber en Monterey, pues no habian de creer sus parientes y compatriotas que habia sido natural la muerte, y para evitar los atrasos que por esto se seguirian, desde luego pedia con todas veras á Dios, como me lo contó varias ocasiones, por la salud del neófito, olvidándose de la suya. Por lo que pudiera sucederle en el camino, habia trabajado un papel de apuntes de todo lo que consideraba oportuno se pidiese á su excelencia, el cual despachó desde Tepic al reverendo padre guardian de nuestro colegio, por si moria en el camino; pero quiso Dios darle salud á su siervo fray Junípero, y al mismo tiempo al indio que lo acompañaba, y luego que medio se reforzaron continuaron su derrota.

Llegaron á la ciudad de Querétaro, que dista cuarenta leguas de la de Méjico; y habiendo posado en el colegio de la Santa Cruz, recayó el venerable padre con el mismo accidente. Retiróse luego á la enfermería, creyendo que entonces era evidente su muerte, como lo dijo al reverendo padre guardian del colegio, y después me lo contó á mí; y á la tercera visita que le hizo uno de los médicos del colegio, lo mandó sacramentar. La tarde misma que habia de recibir el sagrado Viático fué al colegio por accidente otro de los médicos que no estaba entonces de semana; y habiendo sabido por un religioso que iban á sacramentar al padre presidente de Monterey, queriendo conocerlo entró á visitarlo, mas por curiosidad que por ordenarle medicina algu-

na, pues ni estaba de turno ni se habia llamado. Habló con el enfermo y se informó de él, y tomándole el pulso dijo al enfermero: “¿Y á este padre van á sacramentar? Si así vamos, tambien me pueden sacramentar á mí. Levántese, padre, que está bueno y no tiene nada: avisen al padre guardian y no lo sacramenten.” Ocurrió el prelado luego lleno de alegría al ver tan repentina salud, y repitió lo mismo: “Si no fuera tan tarde, era ya hora de completas, que concluidas se habia de administrar al venerable padre el divino Sacramento, lo haria levantar pues está bueno; pero mañana que se levante, y después de reforzado podrá continuar su viaje.” Así lo hizo, y llegó á Méjico el dia 6 de febrero de 1773, muy cansado, desfigurado y flaco.

CAPITULO XXXV.

FAVORABLES PROVIDENCIAS QUE CONSIGUIÓ DEL EXCELENTÍSIMO SEÑOR VIREY PARA LA ESPIRITUAL CONQUISTA.

Tan importante fué la ida de nuestro venerable padre presidente á Méjico, que si no emprendiera tan penoso viaje, estaba en evidente peligro de desampararse lo conquistado, porque como recién entrado en el gobierno el excelentísimo señor bailío fray don Antonio María de Bucareli, se hallaba sin instruccion de lo que era esta conquista, y que dependia su subsistencia del departamento de San Blas, para socorrer por mar estos establecimientos, por no haber otra proporcion, y que todavía no se hallaba entonces razon alguna en el palacio ni del puerto ni de los barcos, siendo el mes de febrero cuando por este tiempo navegaban ya en los años anteriores los barcos para estos puertos; y antes se trataba de desamparar y despoblar el de San Blas.

Decian unos á su excelencia que con entregar al habilitado de la compañía del presidio de Monterey el situado de la tropa y al síndico del colegio los sínodos de los misioneros, ya no habia mas que hacer. Y otros mas piadosos haciéndose cargo de que estos nuevos establecimientos no podian tener comunicacion para proveerse de ropas y víveres sino por mar, decian, que para esto no era necesario el departamento de San Blas: que se podian conducir con recuas hasta las provincias de Sinaloa y puerto de Guaimas, como quinientas leguas de Méjico, y de aquel puerto, decia el proyectista, que con lanchas, que no las hay, se podria trasportar la carga por el golfo hasta la bahía de San Luis, cerca de doscientas leguas; y últimamente de allí con mulas se podria llevar hasta Monterey, que es distancia de trescientas leguas, pobladas casi todas de gentiles. Con que tenian que caminar las cargas de vestuario y víveres ochocientas leguas por tierra y cerca de doscientas por mar, para cuyos fletes

solo era necesario todo el sínodo y situado, y dos años para un viaje, cuando no se perdiesen en el camino. En este estado halló mi venerable fray Junipero el punto de provisiones para estos nuevos establecimientos.

Enterado de todo y tomada la bendicion del reverendo padre guardian del colegio, se fué á tratar con su excelencia este asunto; y habiendo sido recibido con afectuosas expresiones, hizo una relacion general del motivo de su ida, á que le respondió el excelentísimo señor virey que haria cuanto pudiese en beneficio de aquella conquista, y así que por escrito asentase cuantos puntos considerara oportunos para el bien de ella, así en lo espiritual como en lo temporal. Respondióle el venerable padre que lo haria, pero que no podia menos que suplicar de pronto que se dispusiese la remision de víveres cuanto antes, porque si no iba socorro de San Blas, no habia por donde pudiese ir. Al oír esto su excelencia le encargó pusiese por escrito las razones por qué consideraba necesaria la subsistencia del departamento, pues se trataba de despoblar aquel puerto. Con esta primera visita ya empezó á conseguir las favorables providencias que deseaba nuestro venerable padre. En cuanto se retiró para el colegio á poner los informes pedidos por su excelencia, mandó este señor precisa orden á San Blas para que se acabase de construir la fragata que estaba comenzada y mandada suspender su formacion, como asimismo para que se aprontase un paquebot, y que cargado de víveres saliese á toda diligencia para Monterey.

Así se practicó saliendo el San Carlos al mando del capitán don Juan Perez; pero tuvo la desgracia de los malos tiempos, que no dejándolo salir del golfo, lo hicieron arribar á Loreto con el timon descompuesto, y por esta causa imposibilitado de hacer viaje. Descargó allí los bastimentos, y por no haber forma ni medios para conducirlos se originó la mayor hambre que se ha conocido en aquellas tierras, pues en los ocho meses que duró fué la leche el maná de todos, desde el comandante y padres hasta el menor individuo, de la cual fui participante como los demás; pero gracias á Dios todos con salud.

Llevó el venerable padre Junipero el papel pedido por su excelencia con las razones convincentes para que subsistiese el departamento de San Blas, y fué tan á satisfaccion de aquel señor excelentísimo, que despachó el mismo original á la corte y resultó la real orden para la conservacion del citado puerto, y que se le diese todo fomento, como asimismo que su majestad mandase de los departamentos de España siete oficiales de marina, tenientes de navío y de fragata y alférez, como tambien pilotos de armada, cirujanos y capellanes, así para los viajes como para administrar á los del departamento.

Conseguido de su excelencia por de pronto la subsistencia del departamento de San Blas y la

remesa de víveres para estos establecimientos, se puso el venerable padre Junipero á trabajar el otro informe para las providencias correspondientes á la conquista y extension de nuestra santa fe católica. Este lo redujo á treinta y dos puntos, poniendo en cada uno de ellos las razones con que probaba la necesidad de la providencia y la utilidad que de ella se seguiria. Entregó esta extendida representacion en mano propia de su excelencia, diciéndole de palabra las siguientes razones: "Señor excelentísimo, pongo en manos de vuesaencia esta representacion, por la cual verá que cuanto digo es la verdad pura, y cuanto expongo me parece que en conciencia lo debo decir, porque lo considero muy preciso y necesario para que se consiga el fin que tiene su majestad en erogar tan crecidos gastos, que es la conversion de las muchas almas que por carecer de conocimiento de nuestra santa fe católica, gimen bajo la tirana esclavitud del enemigo, y con estos medios y providencias me parece fácil conseguirla. Espero que vuestra excelencia la leerá y determinará lo que juzgare justo y conveniente, lo cual podrá hacer con el seguro de que tengo que volverme y deseo ejecutarlo cuanto antes, ahora consiga lo que pido, en cuyo caso me volveré contento, y si no lo consigo iré algo triste pero siempre muy conforme á la voluntad de Dios."

De tal manera edificó á su excelencia tan humilde resignacion, que desde luego se constituyó juez, abogado y patrono de la causa. Mandó celebrar junta de guerra y real hacienda, que presidió el mismo señor excelentísimo; y habiéndose visto y examinado por todos los señores de ella punto por punto la representacion, votaron todos á favor de la conquista, concediendo mucho mas de lo que pedia el venerable padre. Mandó se formara un reglamento que sirviese de norma para el gobierno que debia observarse, y evitar por este medio las novedades que se suelen experimentar por las mutaciones de comandantes, pues gobierna cada uno segun su genio. Aumentóse la tropa, se fundó presidio en San Diego de pronto, y después otro en este puerto de nuestro padre San Francisco, y últimamente otro en la canal de Santa Bárbara. Púsose en orden el modo de proveer á la tropa de víveres y ropas; mandó retirar la de á pié de los voluntarios de Cataluña, y que toda en adelante fuese de cuera, como tambien el capitán comandante, por ser esta tropa la mejor para conquistar gentiles.

Para fomento de las misiones, así fundadas como por fundar, dispuso en el reglamento que á cada una se le diesen seis mozos para sirvientes, pagándoles sueldo y racion de cuenta del real erario por el tiempo de cinco años, así para las obras precisas que se ofrecen en una mision como para el laborio de tierras, á fin de que á su ejemplo aprendiesen, se aplicasen y civilizasen los

neófitos, y otras muchas providencias muy favorables y conducentes á la espiritual conquista, á mas de una gran limosna de maíz, frijol, harina, ropas, etc., que importó mas de doce mil pesos, y cien mulas que mandó se repartiesen entre las misiones.

Para evitar que esta nueva y remotísima provincia volviese en lo sucesivo á padecer necesidades por desgracia accidental de los barcos, consultó su excelencia al venerable padre presidente si convendria descubrir paso por el rio Colorado, para que pudiese esta provincia comunicar por tierra con las de Sonora, Sinaloa y demas de la Nueva España, á fin de que en caso de pérdida de barcos hubiese recurso por tierra para algun socorro.

En vista del billete de consulta de su excelencia, le respondió nuestro venerable fray Junipero, tambien por escrito, que le parecia convenientísimo, como tambien si fuese dable, que se practicara lo mismo con las provincias de Nuevo Méjico ó del Sur, y no bajando de altura del dicho, darian luego con el puerto de Monterey.

Luego que el excelentísimo señor virey vió aprobado su pensamiento por nuestro venerable padre, despachó orden al capitán del presidio de Tubac, de las fronteras de Sonora, nombrado don Juan Bautista Anza, para que con la tropa y víveres necesarios saliese de expedicion á abrir camino desde su presidio hasta el de Monterey, pasando los dos rios Gila y Colorado. Así lo ejecutó, lográndose felizmente la expedicion, como diré adelante.

Con la frecuente comunicacion y largas conversaciones que su excelencia tuvo con el fervoroso fray Junipero en los siete meses que este se mantuvo en Méjico, se le pagó en gran manera el religioso celo de la conversion de las almas y extension de nuestra católica fe y dominios de nuestro soberano; de modo que ya no se le saciaba la sed que le habia causado el continuo trato de tan dulce asunto con el venerable padre acerca de conseguir la reduccion de los gentiles que se habian hallado en el espacioso tramo de trescientas leguas de costas que descubrieron las expediciones; y deseaba saber si mas arriba de lo descubierta estaria poblado de gentilidad, para establecer tambien allí espirituales conquistas. Propúsole al venerable padre, diciéndole que deseaba hacer una expedicion marítima para que se registrase la costa, á fin de ver si estaba poblada y si se encontraba algun puerto para nuevos establecimientos; pero que lo detenia por ahora la falta de embarcacion y de sujetos al propósito.

Al oír esto el venerable padre Junipero, que estaba hidrópico en estos asuntos, pues jamás se le mitigó la sed que padecia en punto de la extension de la cristiandad ni se le proponia dificultad alguna, no solo le alabó el pensamiento, sino que todo se lo facilitó, diciéndole que en la fragata que habia mandado acabar y con el capi-

tan don Juan Perez, tenia su excelencia lo que necesitaba para el desempeño, saliendo de Monterey luego que dejara los víveres y avíos. Era tal el concepto que tenia formado su excelencia del venerable fray Junipero, que sin mas consulta que el parecer de su reverencia, dió las correspondientes órdenes para la citada expedicion, la cual tuvo su feliz éxito que diré en su lugar.

CAPITULO XXXVI.

SALE DE MÉJICO PARA SAN BLAS Y SE EMBARCA PARA ESTAS MISIONES DE MONTEREY.

Luego que el venerable padre Junipero se vió con tan favorables providencias y con tanto socorro (limosna del excelentísimo señor virey) no solo para mantener y vestir á sus hijos neófitos, sino tambien para aumentar el número de ellos, no veia las horas de ponerse en camino, sin reparar en su avanzada edad ni en el habitual accidente del pié, que parece no se acordaba de él, pues no trató de ponerse en cura con tan buena ocasion, sino de ponerse en camino, como lo hizo, por el mes de setiembre de 1773 en compania del padre lector fray Pablo Mugarfegui, de la provincia de Cantabria, que le señaló el reverendo padre guardian y venerable discretorio, alegrándose mucho de ello nuestro venerable siervo de Dios, así por tener compañero en tan dilatado viaje, como porque con este se añadia un operario mas en la viña del Señor. Quiso despedirse de la comunidad en refectorio, suplicando al reverendo padre guardian le permitiese el besar los piés á todos los religiosos, como lo hizo, y pidiéndole la bendicion y á todos que le perdonasen el mal ejemplo que les hubiese dado, y que lo encomendasen á Dios, porque ya no le verian mas. Enterneció á todos de tal suerte, que les hizo saltar copiosas lágrimas, quedando edificados desde luego de su grande humildad y fervor para emprender un viaje tan dilatado, estando en una edad tan crecida y con la salud tan quebrantada que casi no se podia tener en pié, recelándose todos no muriese en el camino. Pero poniendo el fervoroso padre toda la confianza en Dios, emprendió su viaje de doscientas leguas por tierra y llegaron sin novedad á Tepic, donde hubieron de demorarse hasta enero del siguiente año, por no estar cargados los barcos en disposicion de salir, pues los estaban cargando. Encargó luego al venerable fray Junipero pusiesen en la nueva fragata que iba para Monterey, los avíos pertenecientes á las misiones del Norte, y en el paquebot San Antonio, que salia para San Diego, todo lo que correspondia á las otras, y que la grande limosna de su excelencia se repartiese en ambas embarcaciones. Dispúsose la salida y se embarcó con el religioso que lo acompañaba el dia 24 de enero de 1774, en la nueva fragata nombrada Santiago la Nueva Galicia.